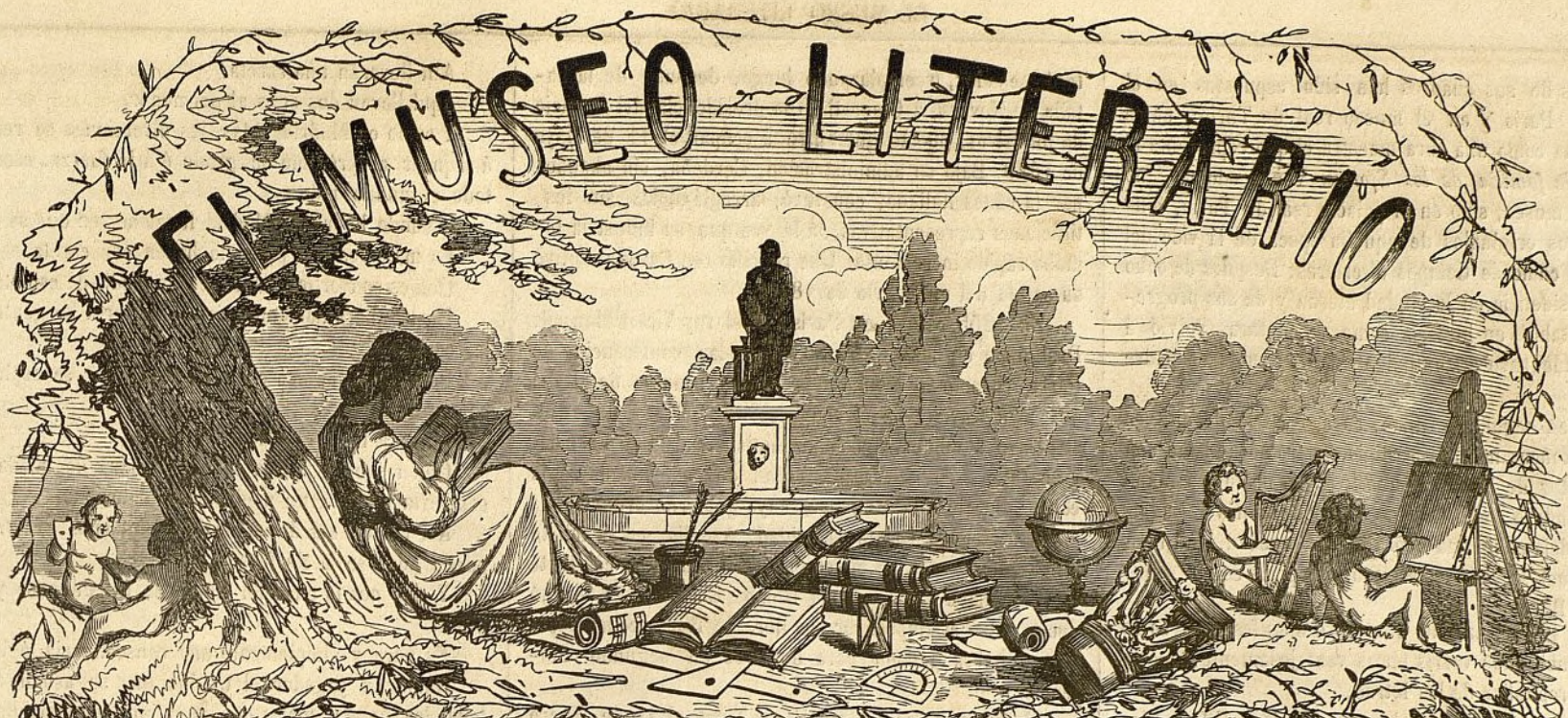


# EL MUSEO LITERARIO



PRIMEROS SUSCRITORES: SUS Magestades y Altezas.

AÑO III. 18 Febrero 1866. NÚM. 7.

|  |   |   |
|--|---|---|
| <p><b>PRECIOS DE SUSCRICION.</b></p> <p>EN VALENCIA Y MADRID. 6 rs. mes. — 18 trimestre.—34 seis meses.—66 año.</p> <p><b>EN PROVINCIAS</b></p> <p>SUSCRIBIÉNDOSE DIRECTAMENTE.</p> <p>Tres meses 24.—Seis 42.—Año 80.</p> <p>ESTRANGERO, CUBA Y PUERTO RICO. 6 pesos año.</p> <p>AMERICA Y ASIA. 8 á 15 pesos año.</p> <p><b>POR COMISIONADO.</b></p> <p>Tres meses 28 rs.—Seis 46.—Un año 84.</p> <p>ESTRANGERO, CUBA Y PUERTO-RICO. 7 ps.</p> <p>AMERICA Y ASIA. Un año 9 á 14 pesos.</p> | <p><b>REDACCION.</b></p> <p>Congregacion, 1, 2.º, Valencia.</p> <p><b>ADMINISTRACIONES.</b></p> <p>MADRID: Capellanes, 10, principal.</p> <p>VALENCIA: Congregacion, 1, 2.º</p> <p>HABANA: D. Benito G. Tanago.</p> | <p><b>PUNTOS DE SUSCRICION.</b></p> <p>Administraciones principales en Madrid, Valencia y la Habana.</p> <p><b>PROVINCIAS.</b></p> <p>Casa de los corresponsales y administraciones de correos.</p> <p>A los pedidos se acompañará el importe.</p> <p>No se sirve suscripcion cuyo importe no se haya satisfecho.</p> <p>Los números sueltos se venden á 4 rs. uno.</p> |
|--|---|---|

## SUMARIO.

Massimo d'Azeglio.—Correo de Madrid, por D. A. Alcalde Valladares.—No hay hombre sin hombre, por D. Rafael Blasco.—Funerales del príncipe Oddone, hijo menor del rey de Italia. (Actualidad).—Tienda de vinos en Valencia.—Horas alegres: Corrida de toreros, en Valencia, por F.—A Marta, (poesía) por D. Teodoro Martel.—Escala vegetal, por D. Peregrin García Cadena.—¡Viva el Papa! por D. Pedro Antonio de Alarcon. (Continuacion.)

**Grabados.** Massimo d'Azeglio.—Italia: El cortejo fúnebre del Príncipe Oddone, llegando á la basílica la Superga.—Depósito del cadáver del Príncipe Oddone en la capilla provisional de la Superga.—Una tienda de vinos en Valencia, según los franceses.—Delante del espejo, caricatura.—Acertijo.

La Redaccion de EL MUSEO LITERARIO, amante siempre de sus REYES, manda á los piés del Trono la manifestacion de su profundo sentimiento por el fallecimiento de S. A. el Infante D. Francisco Leopoldo.

## MASSIMO D'AZEGLIO.

Massimo Teparrelli, marqués d'Azeglio, no Azelio como escriben algunos biógrafos, hombre de estado italiano, célebre tambien como artista, literato y publicista, descende de una antigua familia del Piamonte. Nació en Turin el 2 de Octubre de 1798, según Muzarelli y la *Neuvelle biographie générale* de MM. Didot, bien que el Dic-



MASSIMO D'AZEGLIO.

*tionnaire de la conversation et de la lecture* traiga la fecha de su nacimiento á 1801.

Su padre egercia en la corte piamontesa altas funciones militares: recibió su primera instruccion de un preceptor eclesiástico, cuya gran severidad ocasionó bastantes disgustos al entonces niño de catorce años. Cumplia quince cuando su padre fue á Roma de ministro de Cerdeña y le acompañó. Allí se manifestó la precocidad del jóven, sobre todo en lo tocante á las artes, de las cuales cultivó con aficion extrema la pintura y la música. Mas su padre, que lo destinaba á la carrera militar, lo hizo entrar con el grado de oficial en un regimiento de caballería piamontesa.

Mal concordaba la vida militar con el amor decidido que Massimo d'Azeglio sentia por las artes y las ciencias; así empleó sus ócios con tanto ardor en el estudio, que hubo de enfermar y de pedir su retiro. Un viaje á Roma restableció su salud, volviendo á Turin en 1820. En Roma, su pasion hácia la pintura se despertó con nuevos bríos, y obtuvo de su padre, no sin dificultad, permiso para dedicarse á este arte, aunque con una pension cortísima que le obligó á sufrir amargas privaciones. Apenas trascurrido un año, ya se habia creado una reputacion de artista, y pronto se distinguió por su gran habilidad en la pintura de paisaje, ocupando un lugar entre los primeros pintores de su época.



Muchos de sus cuadros han sido espuestos en el Louvre en París y en el museo real de Turin: entre otros se cita como una obra maestra el que representa el origen de la familia de los Sforza. Vense además, no solo en el museo, sino en el palacio real de Turin, muchos cuadros originales de aquella época de la vida del artista, así como de tiempos ulteriores. Despues de ocho años de residencia en la ciudad eterna y de sus progresos tan notables en historia como en pintura, volvió á Turin, donde tuvo el sentimiento de perder á su padre en 1830.

Visitó en seguida á Milan, cuya escuela de pintura gozaba entonces mucho prestigio, y tramó amistad con Grossi, autor de *Marco Visconti*, y con el ilustre Manzoni; casándose con la hija de éste, que murió á los pocos años dejándole una niña de corta edad. Algunos años despues se casó en segundas nupcias con la señora Luisa Blondel.

Desde 1833, Azeglio empezó á manifestarse como literato, publicando varias obras ventajosamente conocidas en la república de las letras.

Su primera novela, de alguna estension, *Ettore Fieramosca*, en la que se propuso despertar el sentimiento nacional de los italianos, fue acogida con el mayor entusiasmo en todos los ámbitos de la Península.

Su novela histórica, titulada: *Nicolo di Lapi ó i Paleschi e i Piagnoni*, alcanzó mayor éxito todavía, estimulando no menos poderosamente el sentimiento de nacionalidad.

Los acontecimientos políticos de Italia llamaron en breve su atencion de una manera esclusiva. Recorrió las provincias, las ciudades, las aldeas de Italia con objeto de dar á los ánimos un impulso patriótico y de llevar á cabo la reconciliación de los partidos en que se dividia la patria comun.

En todas partes le recibieron con júbilo, pronunciando su nombre con entusiasmo; donde quiera impulsó las aspiraciones hácia la libertad que se desarrollaron en Italia poco despues de la muerte de Gregorio XVI. Sus amigos Balbo y Gioberti secundaron entonces la obra que se habia propuesto. Azeglio, sin embargo, jamás perteneció á ninguna sociedad política secreta.

A poco fue, en 1846, cuando escribió en Florencia su célebre obra *Degli ultimi casi di Romagna*, que le popularizó mucho, y en la que indicaba las reformas que eran menester en los Estados Romanos, disuadia á sus compatriotas de recurrir á toda tentativa de insurrección, y demostraba á los príncipes italianos la necesidad de una política nacional. Despues de la elección de Pio IX, Azeglio volvió á Roma, y se atribuyen á su influencia las reformas que inauguraron el reinado del nuevo Soberano Pontífice. Una serie de publicaciones políticas, entre otras, sobre la legislación de la imprenta en Roma, sobre las reformas verificadas por el Papa, sobre la emancipación de los judíos en los Estados de la Iglesia, sobre la incorporación de Luca á Toscana, sobre la opinión pública en Italia, etc., dan testimonio de la actividad incansable con que se ocupó de los asuntos de Italia durante su última permanencia en Roma. En 1851 se publicó en Turin una edición completa de sus obras políticas.

Cuando estalló el movimiento de Lombardía en 1848, Azeglio salió de Roma con las tropas pontificias encargadas de auxiliar al rey Carlos Alberto, que acababa de pasar el Tessino. Elegido en Venecia coronel de la legión de los voluntarios, dió numerosas pruebas de valor militar. En la batalla que se riñó bajo los muros de Vicenza hizo, al frente de su legión, una resistencia desesperada y recibió en el muslo una grave herida de bala, siendo conducido á la villa Almansí.

Curado apenas, se le ve en Florencia exhortando á la moderación, y escribiendo *Timori e Speranze* y muchos artículos del periódico *La Patria*, escritos que revelan la ceguedad del bando republicano, desvanecido con algunos triunfos del momento. Al reanudarse las tareas del parlamento sardo, se le nombró diputado y mas

tarde senador, reemplazando luego, despues de la batalla de Novara, á Gioberti en la presidencia del Consejo de ministros, puesto que entró á ocupar el 11 de Mayo de 1849. Bajo su administración, Cerdeña, sin abandonar la cansa italiana, conservó, arreglándolas, sus instituciones representativas, á la vez que su industria tomaba rápido incremento. Una rencilla con Cavour motivó su salida del ministerio en 1852.

En 1855 estuvo en París con el rey Víctor Manuel. Designado en 1856 para asistir á las conferencias de París, redactó la memoria sobre los asuntos de Italia que leyó Cavour en el congreso. En Marzo de 1859 sustituyó á Villamarina como ministro sardo en Francia, y en Julio se le envió en calidad de comisionado régio extraordinario á la Romaña, cuyo gobierno organizó.

Arrostrando la impopularidad, Azeglio, en su folleto *Questioni urgenti*, se opuso en 1861 contra la corriente que empujaba á Italia hácia Roma. Entonces se le oyó decir: «Que el emperador nos libre de Roma como capital, y habrá ganado para nosotros un segundo Solferino.»

Massimo d'Azeglio murió en Turin el 15 de Enero del año actual.

## CORREO DE MADRID.

*Las Carnestolendas.*—Su derivacion.—Su significacion.—La pesca de turron.—Las caretas generalizadas.—Las diversiones de Madrid.—Su objeto que es pedir.—La esplotacion de la careta.—Esplotacion de las feas.—La lógica.—El tresillo.—El muerto de Gutierrez de Alba.—La esplotacion del muerto.—Diógenes.—Los filósofos.—El siglo.—Las edades futuras.—Adelante.

¡Carnestolendas!

Esta palabra que se deriva segun dicen los que lo entienden de dos latinas, quiere decir que se quitan las carnes. Y efectivamente es una palabra gráfica.

En estos tres dias de seguro han perdido las beldades madrileñas la mitad de las carnes.

Verdaderamente son carnestolendas.

Es decir, que se quitan carnes.

El Conservatorio, el teatro Real, la Zarzuela, la Novedad, la Juventud española, Capellanes, el Circo de Paul, el Tiboli y otras sociedades que no recordamos son testigos de esta verdad.

En todas ellas se ha bailado incansablemente.

Ha habido plétora de bailes.

De seguro que allí dando vueltas han perdido la mitad de las carnes.

Y por esto se llaman carnestolendas.

Sí porque, no creemos sea por las comidas de pescado.

El pescado es una carne como otra cualquiera.

Solo es carne que se pesca.

En cuyo caso en este siglo de pesca todo seria pescado.

Y es esto la pura verdad.

De modo que no puede comerse turron porque es ahora el pescado que está á la orden del dia.

Y que es un pescado como las ranas, con la diferencia que algunas veces cria pelo.

El turron y las ranas andan unas veces por el agua y otras por la tierra.

Es muy comun pescar el turron con careta.

Este mueble se ha hecho tan usual como la levita y el sombrero.

Apenas se ve una persona que lleve su cara.

Por eso en Madrid es muy comun no ver á las personas en años.

Como se varían la cara no se conocen luego.

Por eso este Carnaval ha causado admiracion que se usen tanto las caretas.

Es claro: todo el mundo decia albarda sobre albarda.

No será un Carnaval tan Carnaval el de Venecia ó Roma.

Allí llevarán una careta.

Aquí llevan dos si es al pormenor.

Y como en Madrid todas las diversiones se reducen á saquear al prógimo de grado ó á la fuerza, esos dias todo el mundo pide.

¿Cuándo habrá en Madrid funciones en que se dé?

Es más, los que piden lo hacen con careta.

Que es convertir la careta en un medio de esplotacion.

Hasta ahora habíamos visto esplotar á las gentes con las caras bonitas.

Pero ignorábamos completamente que se esplotasen con caretas.

Aviso á los feos y feas.

Quién sabe si la fealdad se pondrá de moda y se convierta en su gran medio de esplotacion.

Así como está de moda la esplotacion de premios, puede ponerse la de feos.

Y esto nos lo enseñan Guevara, Lugdanense y Bal-dinoti.

Es pura y simplemente una consecuencia lógica.

Habia un jugador al tresillo que se asombraba de todas las jugadas malas que le salian, exclamando:

—Vamos, esto es de lo que no se vé, yo me asombro.

—Pues no se asombre V., le decia otro, á no ser que vea salir un toro de entre la baraja.

Y yo digo lo mismo.

No hay que asustarse hasta que veamos asomar los cuernos de un toro por una careta.

El originalismo de la época actual, la escentricidad de estos tiempos, ha llegado hasta lo inverosímil.

Es decir hasta el caso de esplotar á los muertos.

Gutierrez de Alba se ha presentado al público abrazado á un muerto y chupa que chupa, de seguro vá á sacarle mas jugo que á diez vivos.

¿Para qué necesitamos las islas Chinchas?

No hay mas que adoptar la invencion de Gutierrez de Alba y poner en vias de esplotacion todos los cementerios.

Hoy que tanto baja el papel del personal se le hará así subir al papel muerto.

Es hasta un medio de desamortizacion.

Pues se ponen en circulacion esas tierras que estaban en *manos muertas*.

A Gutierrez de Alba deben ponerle al lado de Cervantes.

Este mató con su libro las extravagancias caballerescas.

Y éste ha matado con el suyo la autoridad de los muertos.

Las secciones de fomento deberán ya dedicar su negociado á esta nueva industria.

¿Para qué queremos los capitales extranjeros ni sus mercados?

Gutierrez de Alba ha resuelto la crisis financiera con su elucubracion.

Hoy será preciso hacerse de un muerto como se adquiere una finca.

Una familia que esté pobre no tiene mas que morir-se uno y hace la felicidad de los demás.

Y luego se habla mucho de que se levantan muertos.

Ahora si que no va ha quedar uno tendido.

Y ahora si que se acaban los mata-muertos.

O alguno va á necesitar la linterna de Diógenes no para buscar un vivo como él lo buscaba sino un muerto.

¿Qué dirán luego las edades futuras de nuestros adelantos en la materia?

Oh y cuántos nos devanamos los sesos con Hegel, Pelletan, Wil, Kant, y tantos otros y apenas hemos comprendido la inmortalidad del alma.

Y otros de buenas á primeras han descubierto la inmortalidad del cuerpo.

Si Gutierrez de Alba hubiera nacido tres siglos atras, ya hubiera visto lo que es su filosofía.

Hubiera sido perseguido como Copérnico.

Uno por mover el sol y otro por mover los muertos.

Afortunadamente ha nacido en este siglo de luz y cul-



tura que como una estrella fulgurosa brilla al frente de las edades que inclinan sus venerandas cabezas concediéndolas la palma en el arte y en la ciencia.

Doblemos nosotros ante él también nuestra orgullosa frente, y si alguna vez podemos meter baza en esta sociedad hija y madre de la palabrería, esclamemos:

¡Adelante! ¡adelante!

A. ALCALDE VALLADARES.

## NO HAY HOMBRE SIN HOMBRE.

Angel de Coria era un joven bueno, bondadoso, de talento, probo, fiel á sus promesas, adicto á sus amigos, agradecido á sus favorecedores, honrado, en fin, á carta cabal; uno de esos seres que van haciéndose tan raros que pronto habrán de figurar en los museos de fenómenos de la especie humana, al lado de los chicos con tres cabezas y cinco pies. Angel era hijo de un abogado que residía en un pueblo, y que á fuerza de vigiliias, de privaciones y de trabajar día y noche durante luengos años, había logrado reunir una modesta renta de ocho mil reales, con la que consiguió pasar sus últimos días tranquilamente al lado de su hijo único, sin conocer los estragos traidores de la miseria.

Murió el buen abogado, y Angel, que años antes había quedado huérfano de madre, se encontró solo en el mundo con una regular instrucción, con un talento poco común, con una honradéz á prueba de bomba, con un genio confiado y bonachon y con ocho mil reales anuales; renta que le colocaba en su pueblo, donde las fortunas eran muy modestas, entre las personas de mejor posición, y con la que podía vivir desahogadamente.

Pero Angel pensó, y pensó bien, que para algo le había concedido Dios una razón clara, que para algo había estudiado sino en las cátedras en los libros, que para algo había venido al mundo y que reducirse á gastar todos los años 400 duros pasando la vida en la ociosidad, era una cosa bien triste y bien tonta, sobre todo á los 25 años.

—¡Si yo tuviera, decía él, un hombre que me empujara, que me proporcionara un destino por modesto que fuera, que pusiera á prueba mi laboriosidad, yo sería útil á mi país, no figuraría como un zángano en la colmena social, acrecentaría mi hacienda y no me moriría de fastidio en este villorrio, donde vegeto en el aislamiento de la inteligencia, donde me consumo en la inacción y el ocio. Sin el apoyo de un protector ¿quién piensa en abandonar el pueblo para correr en busca de aventuras? Y ¿dónde encontraré yo ese protector si no conozco á nadie? Bien dicen las gentes que no hay hombre sin hombre.

Este razonamiento se lo hacía Angel lo menos treinta veces cada veinticuatro horas, y como punto principal donde se encaminaban sus ideas, llegó el caso de no hablar de otra cosa que de la necesidad que todo hombre tiene de encontrar un protector en este mundo, y tanto insistió en ello, que un día se reunieron el cura y el barbero y el maestro herrador y convinieron, después de una detenida discusión, en que Angel estaba loco ó poco menos, y que la culpa de todo la tenía la maldita ambición que se le había metido en la cabeza.

Por aquel entonces llegó al pueblo de Angel un señor noble por los cuatro costados y rico como un Fúcar, que deseaba ser diputado ó padre de la patria si á ustedes no les parece mal. El marqués de la Madeja, que así se titulaba el noble rico, aunque hombre de pergaminos y de dinero, de tradiciones caballerescas y de embelecadores bursátiles, era amable con todo el mundo, sobre todo con los electores, se hombraba con los patanes y reía las gracias de los botargas del pueblo, que no eran pocos por mas señas, y que jamás habían oído alabar sus sandeces por ninguna persona de mediano juicio.

Angel no solo era elector sino que tenía varios amigos que seguían ciegamente sus consejos, y así que esto supo el marqués procuró captarse sus simpatías y lo consiguió fácilmente, gracias á su política sagaz é hipócrita, capaz de seducir al mismo Machiavello, cuanto mas al bonachon del lugareño.

Este, por otra parte, procuró servir al marqués con la mayor eficacia y allá en sus adentros creía que había encontrado al hombre que buscaba.

Llegó el momento de la elección, corrió Angel por llanos y cerros en busca de votos para el marqués, sacó electores de las entrañas de la tierra, alentó á los reacios, comprometió á los tímidos, desorganizó á los contrarios y logró por fin descansar al tercer día, cuando vió al de la Madeja triunfante y satisfecho.

Entonces todo fueron satisfacciones y alegrías: el marqués confesó delante de cincuenta personas que debía su elección á los trabajos de Angel, que Angel era un hombre de mucha imaginación, que le estaba sumamente agradecido y que tendría el mayor placer en demostrarle de alguna manera su reconocimiento.

No cayó en saco roto la última frase del marqués y cuando estuvieron á solas, Angel le manifestó su situación y sus deseos, añadiendo que se contentaba con un modesto destino y suplicándole que le tomara bajo su protección.

—Amigo mío, contestó el marqués, pierda V. cuidado, yo soy diputado ministerial y me encargo de hacer su fortuna; V. se vendrá conmigo á Madrid y dentro de breves días tendrá V. no un modesto destino, sino un destino de importancia, un destino como V. se merece.

—Señor marqués, replicó Angel, á pesar de lo que usted me dice yo me contento con poco; yo no deseo excitar la envidia de nadie, ni alcanzar posiciones saltando por encima de antiguos y entendidos empleados: las necesidades de mi vida están satisfechas muy sencillamente; y me bastará para ser feliz un corto sueldo.

—No sea V. modesto y sobre todo, eso no es cuenta de V. sino mía, yo respondo de su porvenir y creo que no se ha de quejar V. de haber depositado en mí su confianza.

Angel quiso arrojarle á los pies del marqués, pero éste le levantó y le abrazó como á un hermano, de modo que el pobre joven al retirarse á su casa murmuraba: —Ya he encontrado mi hombre.

A los pocos días salió el marqués para la Corte y no tardó en seguirle su protegido, que se alojó con la mayor modestia en una casa de huéspedes, pasando después á hacerle una visita. Recibióle con el mayor regocijo, le impuso la obligación de que le visitara todos los días, y añadió al despedirle que tenía que ver al ministro de la Gobernación, y que aprovecharía aquella oportunidad para pedirle un destino de cierta importancia.

Retiróse Angel á su casa tan alegre como si llevara la credencial en el bolsillo y durmió aquella noche con el tranquilo y sosegado sueño del hombre que está sano, y no tiene acreedores.

Pasaron días y días, y aunque el pretendiente no dejaba de visitar ni uno solo al marqués, jamás volvió éste á hablarle de su asunto; creía Angel que sería demostrar desconfianza el hacerle una pregunta tal vez indiscreta, y callaba como un muerto. Pero al ver que el mutismo del de la Madeja se prolongaba cuatro meses, se atrevió al fin á recordarle el negocio de su empleo.

—Tenga V. calma, le dijo el marqués; el ministro me ofrecía varios destinos de poca importancia, pero yo quiero para V. una plaza de oficial con 20,000 rs.?

—Si yo me contento con ocho mil, contestó Angel.

—Repito á V. que tenga calma. ¿Había de aceptar V. un destino de tristes 8,000 rs.?

—Sí, señor; porque con ellos podré ahorrar los ocho mil de mi renta.

—Ahorrá V. veinte mil: V. no entiende este belén; si V. se contenta con poco nunca llegará á mucho; V. es hombre que vale y debe imponerse al ministro.

—Yo no quiero imponerme ni indisponerme con nadie,

ni mi valía es tanta que pueda enorgullecerme hasta ese punto.

—Calle V. hombre, se llama V. Angel y lo es.

Pasaron otros tres ó cuatro meses después de esta conversación y el empleo de 20,000 rs. no parecía; el marqués aseguraba que siempre se presentaban grandes dificultades para lograrlo, aunque él las vencería todas, y el bueno de Angel creía á pies juntillas las paparruchas del marqués, y no solo continuaba esperando grandes resultados de su protección, sino que hasta se lamentaba de los disgustos y sinsabores que tomaba por su causa su decidido protector.

En tanto que Angel pretendía por la Corte, se había verificado en su corazón una revolución muy natural, lo cual quiere decir que se había enamorado. Margarita se llamaba la elegida de Angel y era una joven bonita, graciosa, sencilla y que á los 20 años pensaba con el aplomo de una mujer de treinta. Y tan enamorado estaba el pretendiente, que resolvió casarse, aunque ella no contaba con otra dote que su hermosura, su talento y su honradéz, que es la dote mas preciada de las mujeres.

En tal apuro importunó Angel de nuevo al marqués, y como éste volviese á hablar del succulento destino de oficial, aquel le aseguró una vez más que le bastaba ganar 8,000 rs. para gozar de las ventajas de una modesta posición, y el marqués entonces cedió, y se resignó á proporcionarle este empleo.

Celebróse el matrimonio, y el mismo día recibió Angel una carta del marqués á la que acompañaba una credencial; abrió ésta pálido, convulso; sospechó que ya era oficial con mil duros; pero tuvo que contentarse no con los ocho mil, nada de eso, con 6,000 rs. ni mas ni menos.

Un año después Angel era padre de un hermoso niño, pero aunque había ascendido en la esfera social á la categoría de cabeza de familia, en la esfera oficial se encontraba en el mismo estado que el día de su boda. Y no fue esto lo peor, sino que á los pocos meses le dejaron cesante, porque hubo un cambio de gabinete, el marqués formó en las filas de la oposición y el nuevo ministerio dió un puntapié á su protegido, sin tener en cuenta para nada su laboriosidad ni su talento.

Algun tiempo continuó sin ocupación el pobre Coria, con gran disgusto del de la Madeja, que juraba y perjuraba que dentro de poco había de alcanzar un elevado puesto, porque se aproximaba una crisis; cosa cierta por otro lado, que las crisis son el pan nuestro de la política española: pero en tanto que llegaba el trueno gordo, como decía el marqués, Angel le pidió un destino en alguna empresa particular, y su protector le hizo promesa formal de que muy pronto lo obtendría.

No se pasaron muchos días sin que se hallara Angel empleado en una sociedad de seguros con 5,000 rs., sueldo que aceptó con regocijo, aunque el marqués estaba furioso por no haber podido alcanzar otra cosa para su protegido.

Margarita, con ese buen sentido práctico que poseen las mujeres y que jamás alcanzan los hombres, andaba sospechando que el marqués era uno de tantos embaucadores cortesanos que favorecen á todo el mundo, siendo así que ellos necesitan el favor ajeno, y que su apoyo nunca los sacaría de pobres; comunicó estas sospechas á su marido; pero Angel de Coria no les dió cabida en su generoso corazón.

—¿No ves, decía Margarita, que ese hombre te prometió 20,000 rs. y tuviste que contentarte primero con seis y ahora con 5,000?

—El marqués no ha podido hacer otra cosa, contestaba Angel.

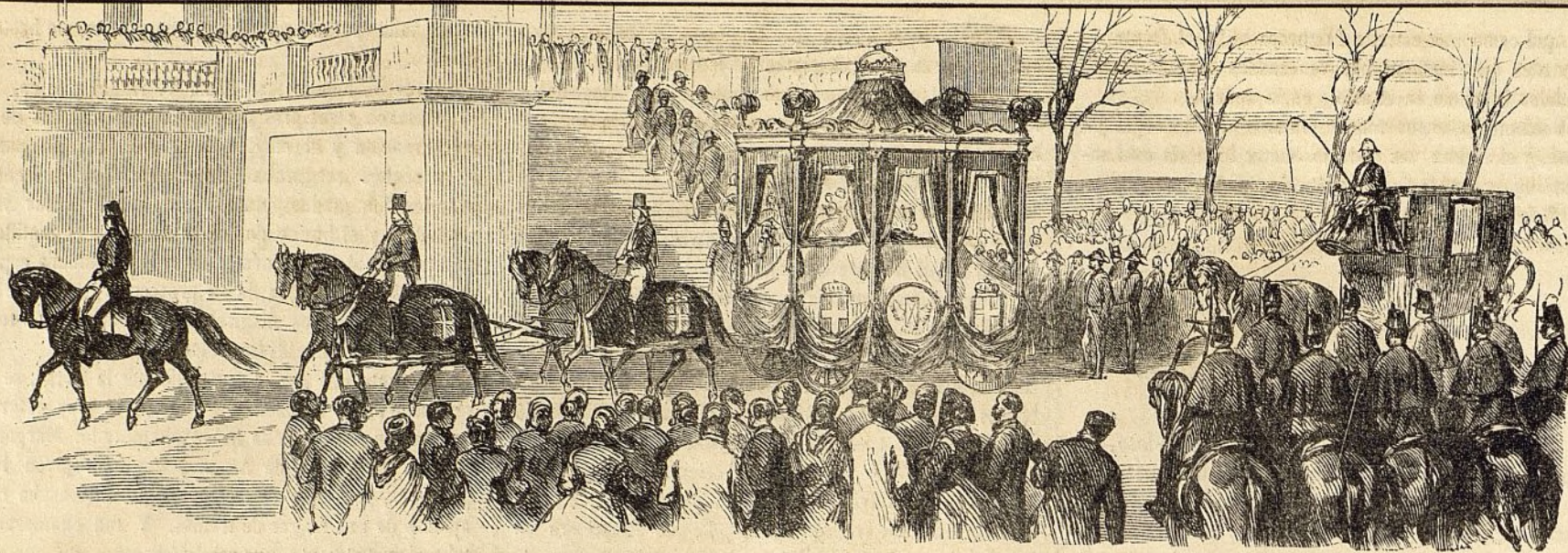
—Pues si no podía hacer otra cosa, ¿á qué prometer lo que no podía cumplir?

—Mira, Margarita, mi protector será ministro en la primera crisis que ocurra y entonces recompensará con usura mi lealtad y mis sacrificios.

—¿Y si no llega jamás á ser ministro? ¿y si tarda muchos años en serlo?

—En cuanto á lo primero no tengas duda; en España





ITALIA.—EL CORTEJO FÚNEBRE DEL PRÍNCIPE ODDONE LLEGANDO Á LA BASÍLICA LA SUPERGA.

llega á ministro todo el que se lo pone entre ceja y ceja, con tal que tenga cierta audacia y cierto desparpajo; si sucede lo segundo esperaré con paciencia.

—¿Tú vives siempre de esperanzas!....

—¿Qué quieres? Es preciso arrimarse á buen árbol para alcanzar buena sombra y tener alguna cachaza; sin apoyo no se consigue nada en el mundo; no hay hombre sin hombre, Margarita.

Conversaciones de estas tenían lugar á cada momento, y el resultado de todas ellas era quedar Angel tan confiado como siempre en la proteccion del marqués, y

Margarita cada vez mas desesperada al ver la singular hombría de bien de su marido.

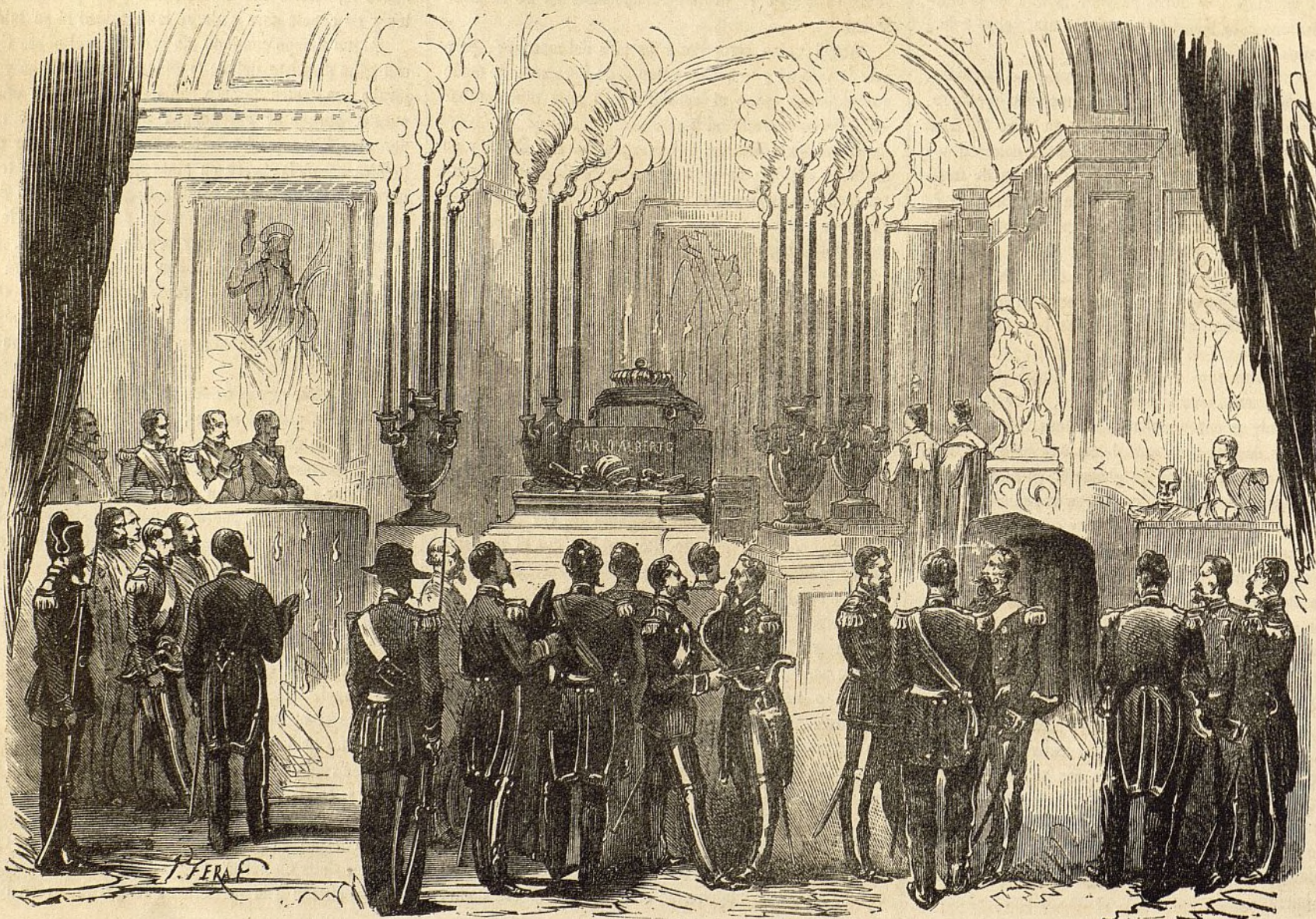
Así pasaron cinco años: durante ellos, Angel fue de nuevo empleado, y volvió de nuevo á la cesantía, y administró fincas, y escribió en un periódico, y sirvió de amanuense á un capitalista, y tradujo del francés á tanto el pliego, y dirigió una casa de consignacion, y recorrió en fin con sus destinos toda la escala social, pero sin pasar nunca de los consabidos 6,000 realitos.

Y despues de tanto sudar y trasudar para ganarse la vida, entró en las oficinas de una empresa fundada y

dirigida por el marqués, la empresa de mas pingües productos que se habia establecido desde que el mundo es mundo, segun propalaban todos los días los banqueros, los bolsistas, los hombres de negocios y los periódicos de todos los colores políticos.

Se trataba nada menos que de la explotacion de las minas de aceite de petroleo descubiertas en las islas Canarias; el negocio era seguro, colossal, bárbaro, segun espresion de los amigos del marqués, los accionistas iban á nadar en oro á los dos años, á los cuatro seria cosa de andar á tiros para alcanzar una accion.

DEPÓSITO DEL CADAVER DEL PRÍNCIPE ODDONE EN LA CAPILLA PROVISIONAL DE LA SUPERGA.





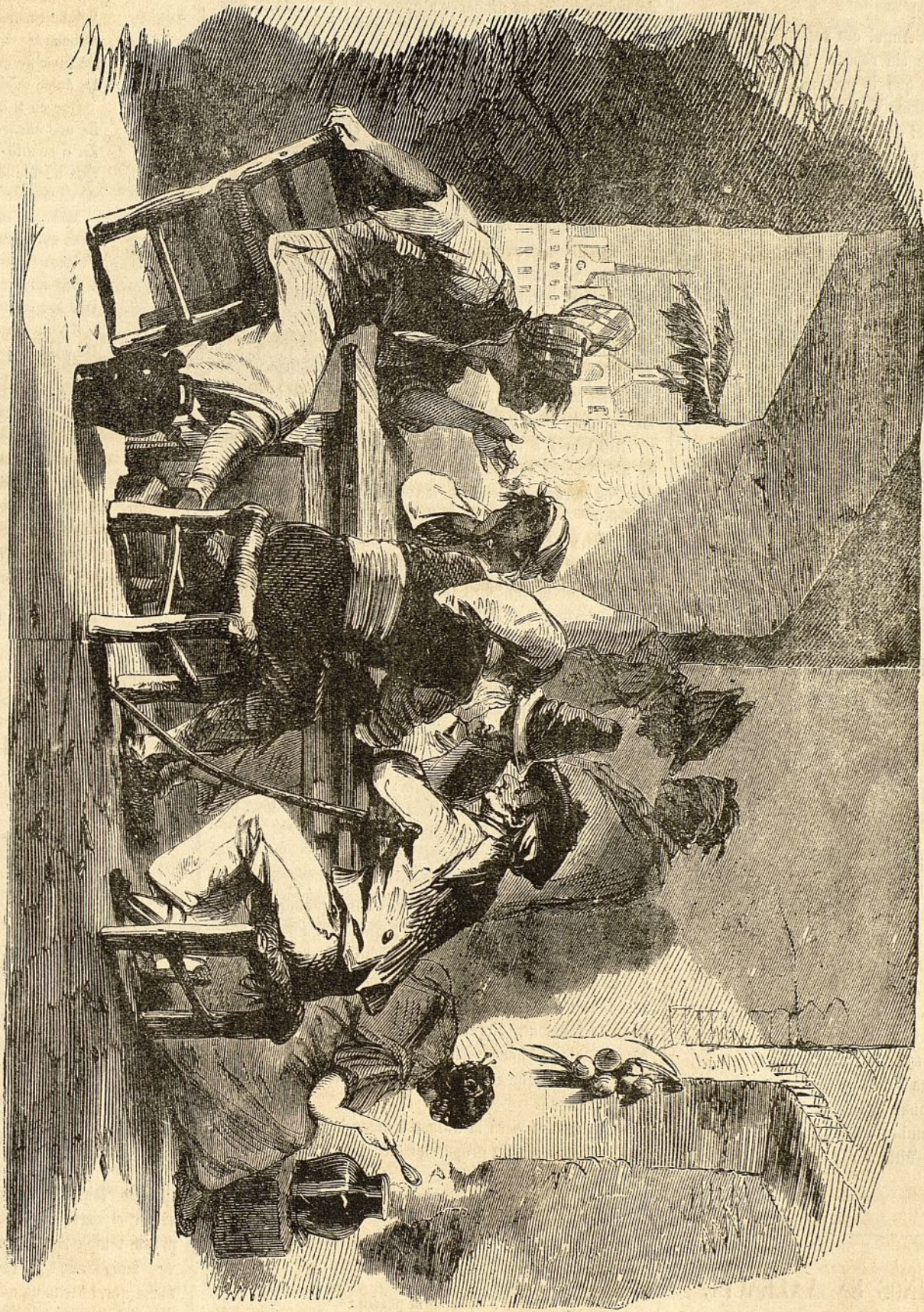
Angel, como empleado de la sociedad, se habia enterado muy detenidamente de los cálculos hechos sobre los rendimientos de las minas, y se quedó admirado al leer la cifra enorme que representaban los ingresos y mas admirado aun al compararla con la reducida de los gastos; los accionistas, en efecto, iban á ganar un 500 por 100 lo menos; las matemáticas no fallan y allí no habia otra cosa que cálculos matemáticos.

El deseo de prosperar por una parte, y por otra su ciega confianza en el marqués le inspiraron una idea disparatada; realizó sus bienes y empleó los diez mil duros que le produjeron en acciones de la sociedad aceitosa. En vano se opuso su esposa, en vano suplicó y lloró la pobre muger. Angel dió oídos á su hombre y éste le aplaudió la idea, prometiéndole grandes felicidades para lo futuro.

La sociedad quebró á los seis meses y Angel perdió toda su fortuna, pero no su confianza en el marqués, que en su concepto habia sido pérfidamente engañado por personas en quienes habia depositado su confianza. Margarita calló y lloró en secreto, porque comprendió que de nada servirían sus reflexiones, sino de nuevo motivo de pena para su esposo.

Pero la salud de Angel se resintió con tantos dis-

UNA TIENDA DE VINOS EN VALENCIA, SEGUN LOS FRANCESES.



gustos y el desdichado cayó enfermo de una negra melancolía, y los cuidados de su muger, las caricias de su hijo fueron inútiles para devolverle el perdido contento.

El marqués, que solia visitar aunque muy de tarde en tarde á su víctima, que no á su protegido, reparó entonces que Margarita, á pesar de sus disgustos y de sus dolores, era tan hermosa como buena; y pensando que la pobre muger daria oídos á su pasión aunque solo fuera por salir de la miseria (que los hombres indignos creen que la honradéz no existe sobre la tierra, porque ellos no la conocen), tuvo el atrevimiento de es-

cribirle una carta cínica en el fondo, si bien culta y melosa en la forma.

Recibió Margarita tan terrible ultraje con la dignidad de una muger virtuosa y ocultó el suceso á su esposo, cuya enfermedad se agravaba por momentos; pero una casualidad hizo que la malhadada carta del marqués llegara á manos de éste, que comprendió entonces que habia sido juguete por espacio de muchos años de un tatur de levita que, no contento con haber asesinado su porvenir, trataba de asesinar su honra.

Entonces llamó á Margarita y á su hijo que se acer-

caron á su pobre lecho y con voz apagada les habló así:— Esposa, hijo mio; ahora que voy á morir descubro la vileza de alma del marqués; es tarde, y mia es la culpa porque no creí en los temores de mi Margarita. Hijo mio, eres pobre, no tienes otra herencia que el trabajo y la virtud; respeta á tu madre y sigue sus consejos. Necesitarás del apoyo de muchas personas para vivir en el mundo y no rechaces la mano del que te ofrezca su proteccion; pero mira antes si es la de un hombre honrado. No te fies de esterioridades que seducen á primera vista y fijate en la conducta moral del hombre. Si el



apoyo viene de un malvado recházalo aunque te proporcione riquezas; vale mas vivir y morir pobre que ser rico por medios reprobados. Recuerda, en fin, hijo mio, que los malvados se encuentran en todas las clases de la sociedad y que los salteadores de conciencias, los salteadores de honras, los salteadores legales de bolsillos son peores que los salteadores de caminos que despojan trabuco en mano al pacífico viajero. No hay hombre sin hombre, dice un refrán; pero ¡ay del que como yo busca su hombre en un malvado!

A los pocos momentos Angel era cadáver: entonces apareció el marqués, que sin reparar en el llanto de Margarita, ni en la causa que lo producía, le dijo en voz baja:—¿Qué ha contestado V. á mi carta?

Margarita señaló con el dedo el lecho donde dormía su marido el sueño eterno y exclamó con voz solemne:—¡Respete V. ese cadáver!

El marqués metió la mano en el bolsillo del chaleco; pero Margarita que comprendió su acción le contuvo diciéndole:—¡Nunca! La iglesia enterrará de limosna á mi esposo; V. le ha asesinado, no añada V. la hipocresía al crimen.

Después, señalando la puerta, añadió:—Creo que no tendrá V. la audacia de volver á traspasar estos umbrales; la viuda de Angel le arroja á V. de su casa; aquí hay miseria, pero no hay deshonra.

RAFAEL BLASCO.

## FUNERALES DEL PRÍNCIPE ODDONE,

HIJO MENOR DEL REY DE ITALIA.

(Actualidad.)

El príncipe Oddone, el mas joven de los hijos de Victor Manuel, murió en Génova en la noche del 21 al 22 de Enero último. Nacido el 11 de Julio de 1846, había sido poco favorecido por la naturaleza en cuanto á su físico, pero mucho bajo el punto de vista intelectual y moral. Aunque no tenía mas que 19 años y medio, la precocidad de su inteligencia le permitía juzgar maduramente las cosas. Era apasionado por las antigüedades y protector ilustrado de las bellas artes.

Su vida ha sido sencilla é inocente, y muy viva su fe: uno de sus últimos actos ha sido regalar una imagen de la Inmaculada Concepción á una nueva iglesia que se está construyendo ahora en Génova, ciudad en que habitaba de ordinario. Antes de morir tuvo una entrevista con el rey su padre, el cual salió de ella muy impresionado, y se cuenta, no sin fundamento, que esta última conversacion entre el padre y el hijo no ha sido estraña á los acontecimientos de Italia.

El príncipe Oddone ha sido enterrado en la *Superga*, junto á la tumba provisional de Carlos Alberto; la familia real de Saboya acostumbra depositar en un sepulcro provisional el cuerpo del último rey hasta que le reemplaza su sucesor.

## TIENDA DE VINOS EN VALENCIA.

Con este mismo título ha publicado un periódico francés el grabado que trasladamos á nuestras columnas, para que se vea el estudio que se hace de nuestras costumbres en el extranjero. El labrador tiene *algó* de labrador valenciano, pero hay otros tipos que no sabemos á qué país pertenecen. El que lleva el sombrero en forma de cono debe ser un bandido italiano que ha enigrado de su patria y viaja por las tabernas españolas, ó es que la escena pasa en el Carnaval y es un máscara que se ha quitado la careta para evitar una sofocación.

## HORAS ALEGRES.

### CORRIDA DE TORETES EN VALENCIA.

Si á describir fuésemos con todos sus detalles el magnífico panorama que se presentó á nuestra vista la tarde del sábado 10 del corriente al penetrar en el elegante circo destinado á las corridas de toros, preciso sería ocupar por completo la atención de nuestros lectores, dejando para otros números algunos de los artículos que hoy publicamos.

En la imposibilidad de hacer una reseña detallada, ofrecemos á nuestros favorecedores darles una vista de la indicada función para que se perpetúe su memoria y para lo cual nuestro querido amigo el distinguido pintor Sr. Ferrandis se ha brindado á ejecutar el dibujo.

Toda la aristocracia de Valencia se había dado cita para ocupar las barreras y contrabarreras, en cuyos asientos lucían sus airoso trajes que hacían resaltar mas y mas la belleza proverbial de las hijas del Cid.

La presidencia, ocupada por la marquesa de los Ulagares y las señoritas de Barranco y Grau, ofrecía una agradable perspectiva, y durante la lidia notamos un notable acierto en la dirección.

A las tres dió principio la corrida apareciendo en el redondel la cuadrilla á los ecos de la marcha de la popular zarzuela *Pan y toros*.

Allí vimos á todos los jóvenes que forman parte de la aristocracia valenciana vestidos con sencillez y cual diestros toreros colocadas las capas en su verdadera posición.

La cuadrilla estaba compuesta del modo siguiente:

Espadas: Paco Galvez, Manolo Lánzarote; sobresaliente con obligación de banderillar, Rafael Mergelina.

Banderilleros: Rafael Díez, Federico Arizabala, Diocleciano Serna, Joaquin Abarguez, Paco Tobía, Pepe Párraga, Paco Rovira, Paco Laborde, Miguel Gomez y Pepe Reguera.

Puntillero: Honorato Marco.

Picadores: Pepe Nicolau, Leopoldo Saavedra y Luis Aynat.

Mayoral y zagales de mula: Emilio Borso, Luis Mackenna, Rafael Cidon, Rafael Ballesteros, José Biguer, Leopoldo de Béjar y Manolo Valeyro.

Alguacil: Diego Ordoñez.

Torilero: Joaquin Cantalejo.

Durante la lidia todos se hicieron aplaudir, especialmente los primeros espadas, que cual toreros curtidos en el arte, dominaron al bicho diferentes veces.

Complacido el público, y especialmente las bellas, accedieron á las indicaciones de la cuadrilla, y terminada la función, el redondel contenía lo mas bello y elegante de la buena sociedad de Valencia, improvisándose un paseo que amenizaba la música del regimiento de San Fernando.

Creemos no será la última función la que tan agradables horas nos ha proporcionado.—F.

## A MARTA.

Cual brotan en la pradera  
Y en yerto campo de abrojos  
Las flores de primavera,  
Así mi ilusión primera  
Brotó al calor de tus ojos.

Arcano dulce de amor  
Que apenas la mente alcanza,  
Iris de eterno fulgor,  
Que hace renacer la flor  
Del árbol de la esperanza.

Por eso la mente inquieta  
En alas de su ilusión  
Trovas le brindó al poeta;  
¿Quién sus cantares sujeta  
Siendo tú la inspiración?

Yo en mis ensueños te via  
Llena de efusión la mente,  
Y en mi ciega idolatría,  
Dentro de mi pecho hervía  
De inspiración un torrente.

Y en la tierra en que pisaba,  
Y en la luz en que veía,  
Mi ardiente fe te buscaba,  
Y el alma que deliraba  
En sus delirios te vía.

En alas del pensamiento  
Volaba mi mente loca,  
Anhelante en su ardimiento,  
De libar de ese tu aliento  
La dulce miel de tu boca.

Que en tí la existencia hallaba  
De mis ensueños de niño;  
En tí cuanto el alma ansiaba,  
Que un mundo, Marta, encontraba  
Al encontrar tu cariño.

Mas ¡ah! con torpes engaños  
Tras mi soñada ilusión  
Veloces fueron mis años,  
Y hoy miro en mis desengaños  
Que los sueños sueño son.

Y con el raro placer  
De aquel entusiasta afán  
Que me enloqueciera ayer,  
También ví desaparecer  
De mi existencia el imán.

Y si el recuerdo me inspira  
De mi perdida ilusión,  
Loca la mente delira...  
Y arranca mi pobre lira  
Pedazos del corazón.

Que aquella flor que crecía  
Dando á mi pecho la calma,  
La agostó la suerte impía;  
Dejándome, Marta mía,  
Sus espinas en el alma.

TEODORO MARTEL.

## ESCALA VEGETAL.

VII.

Luis á Fernando.

Madrid....

Querido Fernando: Por el mismo correo que esta carta recibirás la *tempestad* que me pides. Te la mando tan negra como la deseas, á fin de que el arco iris sea mas brillante y hermoso.

Veó con placer que eres un artista de inspiración. Esos grandes golpes de claro-oscuro revelan un pincel atrevido y una noble ambición de gloria: gloria modesta, escondida, ignorada, que nunca buscará por pregoneras á las cien trompetas alquiladas de la fama; pero que sonará con sincero entusiasmo en lo profundo de un corazón.

Deseo que tus afanes produzcan el fruto apetecido y aplaudo los fundamentos de tu invención.... Quieres avivar el sagrado fuego de tu felicidad: sacerdote de tu propio templo, no quieres dormirte al pie del ara. ¡Bravo, amigo mio! Si ese no es el medio de prolongar la dicha que buscamos en el amor de una muger.... es que esa dicha no existe en el mundo ó es una flor efímera como el ababol de los campos.

¿Quién sabe? Posible es que al fin de la jornada los resultados no correspondan al trabajo que ponemos para conservar nuestro bien; pero yo estoy persuadido á que si la empresa es realizable, mas posibilidad tendrá de lograrla el que pone los medios que el que lo deja á Dios y á la ventura.

Yo de mí sé decir que he tomado tan á pechos mi oficio de marido *conservador*, que no puedo ver con ojos serenos las aberraciones en que incurre la inmensa mayoría de nuestros cofrades. ¿Qué abandono, querido Fernando! ¡qué completo olvido de todo aquello que puede



hacer duraderas las ilusiones; qué absoluta falta de tacto para sortear en el matrimonio los terribles escollos de la prosa!

Un hombre y una muger se adoran y ponen por testigos al cielo y á la tierra de la eternidad de su pasión. ¿Un padre ambicioso, una madre prudente ó caprichosa combaten su inclinación? Prescinden del padre y de la madre; protestan ante Dios y los hombres de su tiránico proceder y no hay obstáculos que no arrosten para llegar al logro de sus deseos.

Cásalos al momento si no quieres pasar por el mas cruel y abominable de los verdugos, y deja que trascurren dos meses, tres, un año. El entusiasmo se habrá trocado en la mas apática indiferencia. El marido llevará á su muger al lado con la misma displicencia con que el niño lleva el juguete deslucido que bajo el prisma del deseo le hizo pasar muchas noches sin dormir. Pregúntale entonces la causa de este cambio asombroso, y te contestará muy grave, muy formal, muy sentencioso, como si el sentido comun y la sabiduría del mundo hablasen por su boca: «¿Qué quiere V., amigo? Es ridículo imaginar que el amor resista á la prueba del matrimonio. El entusiasmo pasa luego: lo que dura es el sentimiento de tranquila amistad que le sustituye.»

¡Amistad á una muger mientras conserva la fuerza de amar! ¿Habrá mayor absurdo? No es el amigo, sino el amante lo que la muger quiere ver en el marido, y el hombre que pretenda satisfacerla con ese tibio sentimiento, podrá torcer el curso del manantial, pero se espone á verle brotar un día ú otro por donde menos lo presuma.

¡Ah filósofos desdichados! ¿Conque el matrimonio es la muerte del amor? ¿Conque os casais para dar á una muger joven, bella, apasionada, una hora de embriaguez y una vida entera de platonismo glacial? ¿Conque abusais de la felicidad, apurais hasta las heces la copa que os brinda la suerte, ajais con mano profana todos los velos de la ilusion, y cuando habeis llegado por ese atajo á la indiferencia y al hastio, pretendéis erigir en dogma vuestra necedad, alegando la naturaleza efímera del amor?....

Ayer visité á un amigo que acaba de llegar de Suiza. Se casó hace seis meses de puro enamorado con una muger llena de atractivos.

Dueño del objeto apetecido, hizo lo que el chico gloton que huye de la gente para comerse la golosina. De la iglesia se trasladó á la estacion y no paró hasta dar con su zarandeada felicidad en las montañas de Suiza.

Escuso decirte si habrá hecho vida íntima con su muger con el trasiego de los caminos, solos por ese mundo, de coche en coche, de posada en posada, durmiendo en la misma cama, vistiéndose en el mismo cuarto, y en suma, *detallando* la vida en comun.

Cuando fuí á verle, mi amigo aun no se habia levantado; pero al oír mi nombre se apresuró á recibirme.... ¿dónde dirás? en el dormitorio nupcial. Ocupaba su sitio en la cama, y en la cabecera, á su lado, se notaba una depresion cuya causa no era dudosa.

El Romeo de hace seis meses ostentaba en su cabeza un gorro de dormir en forma de capacete. Consigno la hechura para que no te adelantes á suponer la figura cónica.... eso vendrá con el tiempo. Del capacete al cucurucho no hay mas que un paso.

Al pié de la cama, sobre la alcatifa, reposaban un par de zapatillas, y la atmósfera del cuarto se resentía de la espesa humareda que daba de sí un excelente cigarro de la Habana que labraba en aquel momento la felicidad de mi dichoso amigo.

No quise averiguar mas: aquella cama, aquel gorro de dormir, me dijeron con harta elocuencia los progresos que en seis meses habia hecho el indiferentismo bajo el absurdo régimen de una excesiva comunidad.

La misma Citerea no saldria airosa de la prueba.

El gorro es el matabiellos del amor.

El lecho nupcial lo ha inventado el ángel malo de los maridos.

Por ese camino pronto se llega al hastio; es decir, á ese tranquilo sentimiento de amistad tan decantado por los que no tienen otra cosa que dar ni recibir.

Otro ejemplo de esa falta de tacto conyugal nos prepara el amigo Carlos de Heredia. ¿Deseas saber las tendencias de este marido en ciernes? Pues bien, Carlos tiende al vacío, á la nada. Ama con la fantasía mas que con el corazón. Es un amante lírico, un soñador de mugeres.

Pasa el día escribiendo *el poema* de su alma; grabando el nombre de Enriqueta en las cortezas de los árboles y talando los jardines. Las flores son el emblema predilecto de su pasión, el lenguaje escogido de su alma. Daria un año de la felicidad que le guarda su Enriqueta por haberse traído de los bosques de Alemania un *vergiss mein nicht* con que decirle desde las orillas del Tajo: «No me olvides.»

Pero á falta del *vergiss mein nicht* ahí están, ó por mejor decir, ahí estaban las violetas de mi jardín, cuya cosecha íntegra debe encontrarse en el herbario de Enriqueta. No contento con esto lleva la devastación á los campos y trepa por quebradas y vericuetos en busca de las florecillas silvestres.

Un día paseando por mi jardín, se le cayó la cartera en que escribe un diario de amor que el correo se encarga de llevar tres veces por semana á Aranjuez donde se halla Enriqueta. Yo, que le seguía de cerca topé con el precioso objeto y leí la última página.

¿Qué cosas, amigo mio! Un tratado completo de sentido comun.

Allí le encargaba muy encarecidamente á la señora de sus pensamientos que todas las noches, á las doce en punto, fijase la vista en no sé que constelación. Figúrate á la pobre Enriqueta hojeando el compendio de geografía que estudió en el colegio, para saber por qué punto del horizonte se pasea el grupo de estrellas en que su señor amante fija la vista á cierta hora. Toda la página estaba escrita con la misma sensatez. A las cuatro y cinco minutos de la tarde habia caído en la cuenta de que una vida era poco para amar á tan peregrina beldad. A las cinco y dos segundos estaba triste como el agua sin murmullo ó como la noche sin luna. Despues se consolaba pensando que su destierro seria breve.... (A destierro le sabe mi afectuosa hospitalidad), que pronto volaría al lado de Enriqueta para consagrarle una vida entera de amor, para envolverla en una nube de adoración.... y para yo no sé que otras cosas que de fijo no habrán entrado en el programa conyugal de la pobre muchacha.

Y esta novedad ocurría á las seis en punto de la tarde.

Enriqueta al ver el desbordamiento vegetal de su prometido, creyó sin duda un deber de conciencia corresponder de algun modo á la flora tenáz que le llegaba todos los días á Aranjuez, y le mandó un bonito ramo de violetas.

Loco se volvió con el obsequio el bueno de Carlos. Yo llegué á creer que su adoración iba á tomar las proporciones de la idolatría, y ya me veía el ramo puesto en un altar con cuatro velas encendidas. No llegó á tanto extremo la locura; pero lo que hizo fue encargar á Madrid una caja preciosa de ébano con incrustaciones de nacar figurando violetas y en ella ha encerrado las flores para conservarlas eternamente.

Yo, sin embargo, tengo poca fe en el culto de Carlos: la eternidad es la monomanía de los inconstantes, así como el valor es la idea fija de los que no le tienen.

Creo que estos datos te bastarán para juzgar al marido en ciernes que deseas conocer. Salvo lo imprevisto, lo extraordinario, lo fenomenal, Carlos ofrece todos los síntomas de esa enfermedad que nosotros los doctores de la ciencia llamaremos apoplejía de amor. Pronto saldremos de la duda, si alguna nos queda en esta materia. El soñador se casa; la ilusion vá á entrar en el camino de la realidad; el ángel vá á descender de su altura para tomar la semejanza de la muger y el inspirado

del amor vá á convertirse en sacerdote del altar y á examinar las entrañas de la víctima.

¡De la víctima!.... Se me ha escapado la palabra.

Por lo demás Carlos no ha podido refrenar por mas tiempo su impaciencia y se ha venido conmigo á Madrid á esperar á Enriqueta y á su tia que ya no tardarán en volver.

A Dios: si quieres verme apresúrate á venir. Yo daré la vuelta á mi casa de campo tan luego com estén concluidos y embalados unos muebles que tenia encargados para el pabellon de mi jardín.

Y á propósito: ya sabes que este pabellon aislado, artístico, era uno de mis proyectos. Ya está realizado, y en ese destierro voluntario paso la mitad del tiempo como si fuera un vecino de mi muger. Esta especie de alejamiento del *foco* conyugal, y sobre todo, la gravísima y agravante circunstancia de mi lecho solitario en el pabellon, han dado pábulo á las hablillas, y mi vecino D. Homobono, que en esta materia respira por la herida, me dijo el otro día hablando de matrimonio: «Amigo, nosotros no hemos tenido suerte.»

—¿Por qué lo dice V., D. Homobono?

—¿Por qué quiere V. que lo diga? Yo he vivido por espacio de tres años á partir un piñon con mi muger. Nunca se ha visto un matrimonio mas unido: éramos lo que se llama dos almas en un cuerpo. En ese espacio de tiempo no nos separamos el uno del otro lo que monta un jeme y solo nos faltaba, como quien dice, comer en el mismo plato. Pues señor, al cabo de tres años ya andábamos á la greña como perro y gato y hubo aquello de hacer cama aparte y poner talanquera de por medio y alejarse el uno del otro de la propia manera que V. se aleja de su muger....

—Ya, pero hay que notar una diferencia entre nuestros dos alejamientos, respondí á mi vecino.

—¿Cuál?

—Que V. se acercó para alejarse, y yo me alejo para acercarme.

D. Homobono me miró por encima de las gafas y se encogió de hombros como quien dice: Sofismas: este aun no quiere confesar que está tísico en tercer grado.

Mi vecino, como la inmensa mayoría de los maridos, no puede comprender la posibilidad de curarse en salud y me dá por difunto porque guardo dieta.

A Dios otra vez. Siempre tuyo

Luis.»

PEREGRIN GARCIA CADENA.

## ¡VIVA EL PAPA!

POR

D. Pedro Antonio de Alarcon.

(Continuacion.)

¿Pero era cierto lo que veíamos? ¿El Pontífice preso, caminando en el rigor del estío con todo el ardor del sol entre dos groseros gendarmes, sin mas comitiva que un cardenal, sin otro hospedage que el portal de una casa de postas, sin otra almohada que una silla de madera?

En tan extraordinario caso, en tan singular atropello, en tan terrible drama, no podia mediar mas que un hombre. Solo él era mas extraordinario, mas singular, mas terrible que cuanto veíamos.—El nombre de *Napoleon* circuló por nuestros lábios. Napoleon nos tenia tambien á nosotros en el interior de Francia; Napoleon habia revuelto el Oriente, encendido en guerra nuestra patria, derribado todos los tronos de Europa; él debia de ser quien arrancaba al Papa de la silla de San Pedro y lo paseaba así por el imperio francés, como el pueblo judío paseó al Redentor por las calles de la ciudad deicida.

Pero ¿cuál era la suerte del beatísimo prisionero?



¿Qué había ocurrido en Roma? ¿Había una nueva religion en el Mediodía de Europa? ¿Era Papa Napoleon?

Nada sabíamos... y si he de decirlos la verdad, por lo que á mí hace, todavía no he tenido tiempo de averiguarlo.

Yo se lo diré á usted en pocas palabras, capitán.—Esto completará la historia de usted y dará toda su importancia á ese peregrino encuentro.

### III.

El día 17 de Mayo de ese mismo año de 1809, dió Napoleon un decreto por el que reunió al imperio francés los Estados Pontificios, declarando á Roma ciudad imperial libre y nombrando una consulta para tomar posesion de ella.

El pueblo romano aceptó con júbilo esta medida; pero el Papa se resistió pasivamente desde su palacio del Quirinal, donde aun contaba con algunas autoridades y con su guardia de suizos. Sucedió entonces que unos pescadores del Tiber, cogieron un esturion y quisieron regalárselo al sucesor de San Pedro. Los franceses aprovecharon esta ocasion para dar el último paso contra la autoridad de Pio VII; gritaron ¡ai arma! el cañon de Saint-Angelo pregonó la estincion del gobierno temporal de los Papas y la bandera tricolor ondeó sobre el Vaticano.

El cardenal Pacca, que sin duda era ese sacerdote que usted encontró con Pio VII, corrió al lado de su S. S., y al verse los dos ancianos exclamaron: *Consumatum est!*

En efecto: mientras el Papa lanzaba su última excomunion contra los invasores, estos penetraban en el Quirinal derribando las puertas á hachazos. En la sala de las Santificaciones encontraron á cuarenta suizos, resto del poder del ex-rey de Roma, que los dejaron pasar adelante por haber recibido la orden de no oponer resistencia alguna. El general Radet, gefe de los demoleedores, encontró al Papa en la sala de audiencias ordinarias rodeado de los cardenales Pacca y Despuig y algunos empleados de secretaria. Pio VII vestía roquete y muceta, como que había dejado su lecho para recibir al enemigo. Era media noche. Radet profundamente conmovido, no se atreve á hablar. Al fin notifica al Sumo Pontífice que debe renunciar al gobierno temporal de los Estados Romanos: el Papa contesta que no le es posible hacerlo porque no son suyos, sino de la Iglesia, cuyo administrador le hizo la voluntad del cielo; y el general Radet le replica mostrándole la orden de llevarlo prisionero á Francia.

Al amanecer del siguiente día, salía Pio VII de su palacio entre esbirros y gendarmes, saltando sobre los escombros de las puertas, sin mas comitiva que el cardenal Pacca, ni mas vestigios de su grandeza mundanal que un *papetto*, veinte y dos sueldos, moneda equivalente á cuatro reales vellon, que llevaba en el bolsillo.

En las afueras de la puerta del Popolo lo esperaba una silla de posta, á la cual le hicieron subir; después de lo que, cerraron las portezuelas con llave, que Radet guardó en su bolsillo. Las persianas del lado derecho en que se sentó el Papa, estaban clavadas á fin de que no pudiera ser visto....

### IV.

—En silla le encontré yo... Lo ven ustedes como no miento?



DELANTE DEL ESPEJO.

—Me parece que el vestido está algo escotado.

—Aprensiones, señora: no hay nada que *vista* como el *desnudo*.

—Hace usted bien en interrumpirme, capitán; porque el resto queremos oírsele á usted de viva voz.

—Pues voy allá, señores míos.

Ibamos diciendo que Pio VII y ese Pacca, estaban sentados en el portal; que el pueblo se había agrupado en la calle; que los gendarmes le impedían el paso, y que nosotros los españoles conseguimos acercarnos tanto á la puerta, que veíamos perfectamente á los sacerdotes.

Pio VII reparó al fin en nosotros, y sin duda conoció que éramos extranjeros y prisioneros como él; pues después de decir algunas palabras al cardenal, fijó en nosotros una larga y espresiva mirada.

En esto vimos á nuestra espalda un fandango divinamente tocado y cantado por nuestros compañeros que volvían ya con las boletas. Creo haberos dicho que habíamos comprado dos guitarras antes de abandonar á Cataluña y si se me ha olvidado os lo digo ahora.

Al oír aquella tocata y la copla que la siguió, el Papa levantó otra vez la cabeza y nos miró con mas atencion. El italiano, el músico, había reconocido el canto. Ya sabía que éramos españoles. Ser español, significaba en aquel tiempo mucho mas que ahora. Significaba ser vencedor del capitán del siglo; ser soldado de Bailén y Zaragoza; ser defensor de la historia, de la tradicion, de la fe antigua; mantenedor de la independencia de las naciones; paladín del Cristo; cruzado de la libertad.... En muchas de estas cosas nos engañábamos... pero, ¡cómo ha de ser!—En fin, ello es que el rostro del Papa se cubrió de un santo rubor y que el entusiasmo chispeó en sus ojos. Nosotros, por nuestra parte, comprendiendo toda la predileccion con que nos distinguía el Sumo Pontífice, procurábamos espresarle con la mirada, con el gesto, con la actitud, toda la veneracion, toda la piedad que nos inspiraba su presencia. Descubrimos casi instintivamente nuestras cabezas—cosa que chocó mucho á los franceses, que siguieron con sus gorros encasquetados, —y llevamos la mano derecha á nuestro corazon.

El Papa levantó los ojos al cielo, y murmuró una plegaria.

El sabía que una bendicion suya nos hubiera compro-

metido con el pueblo soez que nos rodeaba.

Nosotros sabíamos que el grito de *viva el Papa!* hubiera comprometido á Pio VII.

Porque he olvidado decirlos, que la multitud que ya inundaba la plaza, veía con fiero júbilo aquel último triunfo de la revolucion sobre la autoridad, y hasta escarnecía al augusto prisionero con una curiosidad descortés y alguna que otra palabra amenazadora.

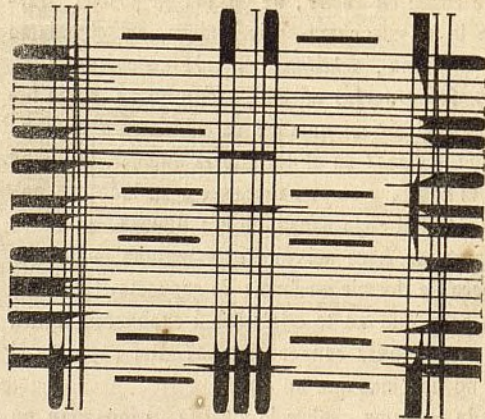
En esto se abrió paso por entre la muchedumbre y apareció en el cuadro que habían despejado los gendarmes, una muger del pueblo, mucho mas anciana que el Pontífice, una viejecita centenaria, pulcra y pobremente vestida, coronada de cabellos como la nieve, trémula por la edad y el entusiasmo, encorvada, llorosa, suplicante, llevando en las manos un azafate de mimbres secos lleno de melocotones, cuyos matices rojos y dorados se veían debajo de las verdes hojas con que estaban cubiertos.

Los gendarmes quisieron detenerla; pero ella les miró con tanta mansedumbre; era su presente tan tierno y cariñoso; inspiraba su edad tanto respeto; había tal verdad en aquel acto de devocion; significaba tanto, en fin, aquel siglo pasado, fiel en sus creencias, que venía á saludar al Vicario de Jesucristo en medio de su

calle de la amargura, que los soldados de la revolucion y del imperio, comprendieron ó sintieron que aquel anacronismo, aquella caridad de otra época, aquel corazon inerme y pacífico que había sobrevivido casualmente á la guillotina, en nada aminoraba ni deslucía los triunfos del conquistador de Europa, y dejaron pasar á la muger del pueblo, que penetró temblando en aquel afortunado portal, que ya nos había traído á la memoria otro portal no menos afortunado, donde unos sencillos pastores hicieron tambien ofrendas al hijo de Dios vivo.

(Se concluirá.)

¿Qué perdió Anibal y en dónde?



Hoy ofrecemos á nuestros suscritores un nuevo acertijo, de cuya combinacion de líneas resulta la respuesta á la pregunta que arriba insertamos.

Por todo lo no firmado:  
LUIS FABRA Y CAVERO.

PROPIETARIO D. G. F.

Editor responsable: D. Manuel Alufre.

Imprenta de José Rius, plaza de San Jorge, 3.